

## **Ajusticiados.**

Anastasio Rojo Vega.

Los niños son los seres más egoístas del mundo. Llegan a la vida llenos de apetitos que piden satisfacer a gritos, al no haber previsto la Naturaleza para ellos unos cursillos presociales equivalentes a los de preparación para el parto de sus madres. El cálido y húmedo proyecto de hombre tiene hambre y muerde, nota los pañales húmedos y llora. No admite espera. Lo que quiere lo quiere ya y que no le hablen de obstáculos entre el ego y el objeto de sus ansias.

Así que la primera ley de los hombres debió ser inmisericorde, como propia de una humanidad recién gestada. Algo no muy distinto de la Ley del Talión que siguen practicando los israelitas, con el derecho moral que les presta el creer que la han recibido directamente de Dios. Una justicia que en vez de balanza lleva en las manos un hacha y un tajo. Más que justicia ajusticiamiento, forma de dejar una marca indeleble en la memoria de los asistentes para mejora de su formación cívica y ejemplo, y manera de hacer purgar al reo, sobre la faz de la tierra, la falta cometida.

Un romano de la época de César no hubiera aprobado ni la inyección letal ni la guillotina. Una muerte instantánea, sin dolor ni sufrimiento del culpable, les habría parecido cosa de burla. El condenado a muerte debía y tenía que llegar al punto de arrepentirse de haber nacido, a los confines del dolor físico insuperable y a los límites del terror psíquico enloquecedor. La oriental, civilización refinada en lo mejor y en lo peor, logró en ciencias del sufrimiento humano la cumbre del saber, desarrollando el mítico tormento chino. Su fundamento consistía en saber prolongar la vida del torturado hasta más allá de lo imaginable, mucho más tiempo que los verdugos occidentales. Sabían cortar durante horas finas lonchas de carne del cuerpo del condenado, con un cuchillo afilado, sin tocar órganos vitales que precipitasen la muerte del maltratado. La maestría del torturador se medía por el tiempo que el condenado, sometido a tortura continua, duraba vivo; de ser posible hasta que de él no quedasen más que una cabeza y unos ojos que continuasen viéndolo todo, para seguir aterrándose.

Naturalmente el impulso que condujo a desarrollar estas exquisiteces, el más difícil todavía, fue que el acto de justicia se ejercía públicamente, incluso en la ciudad de Valladolid, en cuya plaza mayor se montaba la horca entre la picota, escarparate de vergüenzas, y los puestos de las verduleras.

De hecho la cofradía de la Pasión, cuya sede era la iglesia de la calle del mismo nombre que ahora dedican a exposiciones, fue creada para atender a los ajusticiados, causa por la que su patrono era el pobre San Juan Bautista degollado. Tareas menores, pero también suyas, eran recoger los muertos de los caminos y sacar los ahogados del río.

La noche anterior a la ejecución se juntaban los cofrades, se ponían sus hábitos de disciplina y, cargados con el Cristo llamado de la Pasión y alumbrados con velas, tomaban el camino de la cárcel, edificada en las cercanías de lo que ahora llamamos Poniente.

Ya en ella, subían a la celda del reo y le comunicaban cómo, por estatutos y por su condena a muerte, habían decidido aceptarle por cofrade y hermano. A continuación sacaban una túnica de bayeta negra y mientras uno se la ponía, otro le leía la larga lista de indulgencias conseguidas de los papas. Si el reo aguantaba todo sin liarse a trompazos y aceptaba el nombramiento, pasaban a comunicarle que podía pedir lo que quisiese para cenar, dulces, bizcochos y vino; después, servida la colación, se retiraban dejando un capellán que cuidase de meter un poco de orden en aquel alma.

No bien había amanecido y ya estaban nuevamente los de la Pasión en la plaza, pidiendo limosna al ritmo de una campanilla de triste sonido, según se cuenta, y de un sonsonete lúgubre que decía: hagan bien para hacer bien por el ánima de este hombre que sacan a ajusticiar. Lo recogido se empleaba en el entierro.

Luego la rutina. Paseo en burro hasta el cadalso, con el ejecutor manifestando en altas voces el pecado, y horca. Si el delito había sido de pocos pelos, aquella misma noche los de la Pasión lo descolgaban y enterraban. Fin del asunto.

Pero si el crimen había sido de los mayores, al atardecer allí no quedaba muerto, que el verdugo se había encargado de hacerlo trozos y colgarlo de postes y escarpas puestas en los caminos. Aún así los cuartos picados de grajos y medio comidos por las alimañas seguían siendo de los de la Pasión y pretexto para otra fiesta el domingo quinto de Cuaresma, llamado de Lázaro. La víspera salían con mulas ricamente adornadas a recoger las reliquias amojamadas de delincuentes amontonadas durante el año y vueltos daban tierra a las peores en San Andrés, en San Francisco, o donde tocara, reservando las más llamativas para exponerlas públicamente, sobre un mostrador, en el funeral que había de celebrarse la mañana siguiente. Concluidas las honras funerales, también ellas pasaban a tierra. Dando ejemplo hasta el último momento.

